

Empezaré con humor. A día de hoy, todavía, pensar en el congreso me evoca unas enormes montañas: montañas de trabajo, pero las contemplo allá en la lejanía y con la tranquilidad de un resultado satisfactorio.

En mi mente, el congreso quedó ordenado en tres esferas. La internacional: la excitante función de acogida y coordinación de todas las sociedades y sus gentes. La incursión en tierras y mares de conocimiento, que nos permitieron esa magia de escuchar en un mismo día cómo se trabaja en una pequeña ciudad al norte de Noruega con dinero público o en la más sureña consulta privada.

En segundo lugar, la institucional. Mi deseo de ver al Centro Psicoanalítico de Madrid como una institución que presta un servicio con el que me pueda identificar, porque sigo el dictado del historiador Timothy Snyder, que dice que son las instituciones las que nos ayudan a conservar la decencia y nos aconseja escoger una y ponernos de su parte. Las instituciones siguen siendo elementos imprescindibles en este mundo nuestro.

Por último, la esfera personal, en donde cupo tanto la confianza que Miguel Ángel González Torres depositó en mí como el trato estrecho con todos los que ayudaron en aquel trazado, también estrecho, de tiempos de pospandemia y el inicio de la guerra en Ucrania.

La primera vez que participé en un congreso de la IFPS fue en Nueva York, en 2016.

Salí fascinada y sin tener ni idea de que formaría parte del motor de la organización del futuro congreso de Madrid. Mientras escribo estos párrafos pienso ya en el siguiente y de nuevo me entusiasmo con la idea.

Valga este número como muestra, solo una muestra, de nuestra aportación.

Seamos lo suficientemente sabios para heredar el legado de los que nos antecedieron, conservar a los que están e integrar a los llegan, y garantizar así larga vida a nuestros congresos.

*María Fernández Ostolaza*